



En 1896 el pintor Joaquín Vaamonde Cornide retrató así a Pardo Bazán.

más, por una mujer, que encima es esposa y madre. Apenas da crédito a ese aluvión reaccionario, y casi absurdo por su falta de consistencia: "Los sectarios se han hartado de llamarme sectaria naturalista (...). Lo malo de lo vulgar no es ser cosa de muchos sino de los peores, que son muchos".

El resultado es que José Quiroga, el abogado carlista con el que se casó a los 16 años, le pide que se retracte públicamente y deje de escribir. Con la resolución de siempre, se separará amistosamente del marido y reforzará su nueva autonomía convirtiéndolo en salario y sustento. Como mera consecuencia de su tesón por arrancar derechos individuales y espacios de igualdad, a partir de la separación tendrá una relación de amante que durará tres años con Pérez Galdós, y otras más esporádicas como la que tuvo con Alcalá Galdiano. Gracias a que se han conservado las cartas que ella escribió a Galdós, podemos ver cómo el amor le dio a doña Emilia un sentido de la completud, de la totalidad, que quizá nunca antes sintió con tanta intensidad. Se trataba de otra variante más de ese afán, tan suyo, de entrar en la realidad para poder apropiársela y luego compartirla. De ese modo, en una ocasión le escribe: "Hay en mí una vida tan afectiva y física, que puedo decir sin mentir que soy toda tuya".

Será Pardo Bazán para toda una generación de intelectuales motivo de ese oscuro resquemor generado porque alguien pueda

Su vida y su obra fueron tan abundantes y excesivas que la condenaron a la soledad



remover la tierra de los beneficios, tan gratuitos, de la masculinidad. La llamarán "mujer que es mucho hombre", dotada de una "inteligencia macho", que "practica el marimachismo", mujer que "escribe a lo hombre o quizá como un escritor afeminado", hembra que "se ponía los pantalones para escribir", "dama obispa de la literatura española". Debajo de esos clichés, vive una sociedad de indigencia intelectual que "habla", como dice doña Emilia, "con frases hechas, igual que piensa con pensamientos hechos", y una mujer que tuvo la su-

perioridad de saber que la cultura se levanta a pulso y que no hay vida plena fuera de ella.

Desde niña, siente su aprendizaje como la materia para armar la vida. Hay algo conmovedor cuando rememora las tareas que se impone, su modo solitario de aprender, su autodidactismo desesperado, un esfuerzo sin referencias claras a no ser de las que quiere huir: de la enseñanza superficial, ortopédica o menor, destinada a las personas de su sexo. "Hoy la educación de la mujer no puede llamarse educación sino doma, pues se propone por fin la obediencia, la pasividad y la sumisión".

"Tuve que trabajar tremendamente para formarme, no tenía universidad, habría que haberse vestido de hombre [como Concepción Arenal] para asistir a las clases. Tuve que trabajar casi cinco veces más que un hombre para tener una educación equiparable".

"Comprendiendo que la educación que poseía no podía ser más ligera y más mal fundada, mi educación era a la violeta, y mis lecturas, por lo desordenadas, mejores para confundirme que para guiarme, fue un trabajo duro e infructuoso al principio y que ejercí completamente sola, el de ponerme a leer con fruto y escalonando y enlazando, llenando aquí y allá los huecos de mi superficial instrucción", escribió.

Su vida y obra, en fin, fueron tan abundantes y excesivas, tan claramente excepcionales, que podemos decir que fue esto, más que la independencia de su carácter, lo que la condenó sin remedio a la transgresión y a la soledad. Le tocó vivir en la Restauración borbónica, donde dominaba el techo de la precariedad intelectual y del machismo satisfecho, que supuso una condena para alguien que encaminó gran parte de su actividad a una conquista del conocimiento y a un empuje continuo por ampliar espacios, derechos, modos de actuación.

El 21 de mayo se cumplirá un siglo de la muerte de esta mujer de laboriosidad y curiosidad admirables que, al parecer, no dejó de multiplicarse para que le cundiera más la vida. Si miramos atrás, no tenemos hoy más remedio que celebrar todas esas vidas de doña Emilia, porque no sólo glosó lo esencial de la vida con su obra sino que su vida fue también una obra, un trabajo de construcción de una realidad mejor, más igualitaria y más libre. Un siglo es nada, porque aquí permanece doña Emilia, inmersa todavía en el vasto latido de la realidad, abriendo no sólo las ventanas de la España mohosa de la Restauración sino también las del presente, llenándonos todavía de preguntas doña Emilia, aún comiéndose el mundo, aún llenándonos de mundo.



La escritora y medievalista Laura Mancinelli (Udine, 1933-Turín, 2016).

Memoria de las cosas

LA CASA DEL TIEMPO

Laura Mancinelli. Trad. Natalia Zarco. Perférica. Cáceres, 2021. 176 páginas. 17 euros

Manuel Gregorio González

Esta breve novela de la medievalista Laura Mancinelli concierne, en cierto modo, a la naturaleza de su oficio. Se trata de saber hasta qué grado un hombre es hijo del paisaje, de la familia, del afecto, del tierno y oscuro centón de sus antepasados. Se trata, en suma, de saber si se da un trasparecerse del ayer en nuestras vidas. Recordemos que esta novedad conceptual, expresada ya por Bodin en el XVI, pero que adquirirá su completa corpulencia en el XVIII, con Montesquieu y Herder, obtuvo hijos espurios en el XIX y el XX, cuando este temblor humano se trasplantó a la política. En el caso que nos ocupa, sin embargo, es sólo el pasado personal, la biografía del protagonista, quien se presenta ante el lector como un personaje dickensiano.

¿En qué sentido, dickensiano? En el sentido de que Mancinelli, con una estructura sencilla y una escritura ligera, meditada, de intención lírica, nos presenta una sucesión de hechos que pudieran considerarse fantasmales. Un hom-

bre llega al pueblo de su infancia para resolver unos asuntos y acaba comprándose, en un arrebato, la casa de su antigua profesora. En esa casa, y gracias a aquella joven maestra, el hombre conoció, cuando era niño, el misterio y la profundidad del mundo. De modo que lo que Mancinelli plantea al lector, con un suave viso de comedia, es la autoría real de tal encuentro: ¿ha sido el hombre o ha sido la casa quien, de alguna forma, ha obrado ese encuentro del protagonista con su pasado? Por otra parte, y tratándose de una autora italiana de cierta edad, resulta inevitable que la guerra asome sus gallardetes. Lo hace, sin embargo, de un modo circunstancial, fruto de la naturaleza memorística, de la cualidad espectral, de *La casa del tiempo*.

Una cualidad espectral, si la hubiere, que va encaminada a establecer aquello que Robbe-Grillet llamaba "el mito de la profundidad" y que no es sino el grosor mismo de la vida, vivida como individuo, considerada en cuanto que memoria. También Bachelard, en *La poética del espacio*, abordó con profusión este tema. Un tema que la medievalista Mancinelli acota con candorosa y emocionada simplicidad.